

Juan José Millás

TONTO,

MUERTO,

BASTARDO

E

INVISIBLE

Un alto ejecutivo se queda en paro y decide rehacer su vida al margen de todo lo que le rodea, contando con su imaginación como única aliada. A partir de ahí, y desde el mayor de los sarcasmos, vivirá como una aventura fantástica cualquier hecho cotidiano.

El protagonista crea un mundo propio, unas veces siendo él mismo, otras haciéndose pasar por otro, otro que actúa con la insolencia y el respaldo de la locura más cuerda.

Un apasionante juego de encuentros y desencuentros con el amor, la soledad, el sexo, la amistad, la vida y la muerte, en definitiva. Mucho más que una novela, Tonto, muerto, bastardo e invisible es también una crítica a nuestra sociedad, hilvanada en un lenguaje lúcido y brillante.

Cuando encargué que me hicieran un bigote postizo de pelo natural como el de mi padre, creí que no era más que un modo de homenajear irónicamente su memoria y de demostrar de paso al peluquero, o a mí mismo, que podía hacer gastos y gestos superfluos, pero una vez que lo tuve en la mano me pareció percibir en él un instinto ortopédico que me causó algún malestar, de manera que me deshice del estuche, que tenía un volumen incómodo, y escondí el postizo en una pequeña caja fuerte camuflada en las profundidades del armario de mi dormitorio. La caja fuerte había sido también el resultado de un gesto superfluo, quizá por eso Laura no se relacionaba con ella, ni siquiera había llegado a aprenderse la combinación. En cuanto al niño, no conocía su existencia. Se trataba, pues, de un nicho perfecto para enterrar aquella prótesis que, abandonada en cualquier otro lugar, podía confundirse con un animal muerto, o quizá con el embrión de un individuo.

Aquello había sucedido en los primeros meses del invierno anterior, al poco de que murieran mis padres en un incendio que yo no provoqué, y desde entonces, aunque no había vuelto a contemplar el bigote, me había dejado acariciar por él en las ocasiones en que tuve que meter la mano en la caja para buscar algún papel. Su tacto resultaba inquietante, pero después del primer escalofrío sucedía siempre una paz inexplicable, la clase de paz que este domingo de finales de marzo intentaba encontrar en los argumentos que circulaban, con el estrépito de un tren dentro de un túnel, por las galerías oscuras de mi miedo.

El viernes anterior, el director de personal me había comunicado que tenían que prescindir de mí a cambio de una indemnización equivalente al salario de un año y de un gesto infecioso de solidaridad. Podría acogerme al subsidio de desempleo y resistir, en el peor de los casos, dos años. Además, Laura trabajaba también, era forense, de manera que el horizonte de la indigencia quedaba todavía un poco lejos. No se trataba, pues, objetivamente hablando, de una situación desesperada, pero yo estaba subjetivamente hundido desde entonces en una desesperación que durante el fin de semana había intentado ocultar a la mirada de mi mujer y de mi hijo. Finalmente, el domingo por la tarde la glándula del miedo había comenzado a liberar una sustancia nueva que actuó en seguida sobre mi capacidad respiratoria; parecía que el aire se hubiera espesado o contuviera grumos. Entonces me refugié en el cuarto de baño adosado al dormitorio y dejé que toda la cobardía aplazada desde que entrara en la empresa un equipo socialdemócrata, con la orden de venderla en trozos, se reuniera de golpe en la percepción del espacio: miraba las paredes, y el espejo, y la bañera oculta tras la mampara de cristal, y el lavabo italiano y el bidé, y no eran otra cosa que las paredes y el espejo o el bidé y el lavabo que habría visto un cobarde en un situación como la mía.

Cerré los ojos para no mirar, pero también la oscuridad me devolvió el desasosiego que transmiten los objetos cuando uno se relaciona con ellos desde el miedo. Durante los minutos siguientes abrí y cerré varias veces los grifos para transmitir sensación de actividad, confiando en que la angustia se replegara al alcanzar determinada magnitud. Entonces me acordé del bigote.

Con movimientos sigilosos, salí del cuarto de baño y me deslicé hacia el dormitorio respirando el aire a pedazos, pues aún no había dejado de espesarse. Pero luego, cuando la caja fuerte se abrió como una boca y recuperé el postizo, la agitación comenzó a disminuir o a retirarse hacia la

periferia de mis órganos. En cualquier caso, el centro del pecho, la zona con mayor capacidad de sufrimiento, quedó desalojada en seguida mostrando el aspecto de una habitación vacía por la que el aire, ya en su forma gaseosa, comenzó a circular sin las dificultades anteriores.

Tras encerrarme de nuevo en el cuarto de baño, arranqué la lámina de plástico que protegía el envés adhesivo del bigote y me lo coloqué frente al espejo. Se trataba de un bigote ancho, muy negro, cuyos pelos caían hacia abajo tapándome los labios. Cuando acabé de ponérmelo, mi pecho pasó del estadio de habitación vacía al de mero agujero carente de función: en otras palabras, mi pecho era irreal, y ese agujero de irrealidad abierto en la mitad del cuerpo hacía irreal también el daño que lo había habitado.

Con el bigote puesto, me senté sobre el retrete y contemplé la jabonera de cobre y los lujosos complementos de los que colgaban las toallas —otros gestos superfluos—, mientras que el proceso de desrealización comenzado en el pecho se extendía en círculos concéntricos en dirección al vientre y a los hombros. En unos minutos, lo único real que quedó en mi cuerpo fue el bigote, la prótesis. Me incorporé para mirarme en el espejo y comprobé que los pelos tapaban, como un telón, la expresión de mis labios: creo que en esa abertura facial se concentraba toda la información de lo que era o de lo que había llegado a ser; si la ocultara siempre tras un bigote, nadie sabría a qué atenerse cuando le mirara, pues los ojos, sin el concurso de los labios, resultaban neutrales, como los de mi padre, cuya mirada era idéntica para la aprobación y para la censura.

El espejo, en fin, me devolvió un rostro atractivo porque se trataba de un rostro que carecía de intenciones. Soy otro, pensé, y contemplé mi cuarto de baño como si lo viera por primera vez. Había un camisón de Laura colgado tras la puerta y lo olí con los ojos cerrados. El olor me dio miedo, pero se trataba de un miedo desactivado, sin ansiedad, un miedo puesto al servicio del placer. Necesitaba ir a bus-

car a Laura, pero no podía presentarme en el salón con el bigote puesto, de manera que me lo arranqué con cuidado y aguanté a pie firme para ver qué sucedía. Y no sucedió nada; es decir, el proceso de desrealización no se invirtió.

Abandoné el cuarto de baño y, tras devolver el bigote a la caja de acero, salí al pasillo y lo recorrí con mis piernas irreales, imitando los movimientos del que anda, aunque podía haber flotado por la casa como una masa de gas. Al alcanzar la altura de la cocina, mi cuerpo, además de irreal, era también universal.

Llegué al salón, donde mi mujer y mi hijo miraban la televisión, y, acercando mi rostro universal al oído de Laura, dije:

—Ven.

Ella miró al niño, atrapado en el vértigo de los dibujos animados, y dudó.

—¿Qué pasa?

—Anda, ven.

Esta vez mis palabras, sin dejar de salir de la boca, traían ecos de constelaciones remotas. Laura se incorporó y me siguió hasta el pasillo, donde volví a imitar los gestos del que anda mientras con mis dedos universales guiaba el cuerpo de ella hacia el interior de la casa. Entonces mi mujer sufrió un ataque de miedo y volvió el rostro hacia mí:

—¿Qué quieres, Jesús?

—Que me enseñes el culo.

—¿Qué dices?

—Que te levantes la falda y me enseñes el culo.

Laura sonrió desconcertada y su sonrisa, en la oscuridad del pasillo, me pareció como uno de esos brillos que aparecen de súbito entre las aguas de un pozo profundo. Estaba excitada.

—Anda, súbetela —insistí en un tono de súplica universal.

Los dientes de ella aparecieron por detrás de los labios, iluminándolos, y resultaron ser, como los ojos, unos órga-

nos universales que emitían resplandores desde el hondo cielo. El pasillo, por otra parte, había perdido los conceptos de longitud o extensión: se trataba, como mucho, de un volumen hueco, de dimensiones inestables, sin otra atmósfera ni otros atributos que los que le proporcionaba mi naturaleza universal. Navegando dentro de esa atmósfera, ella había comenzado a levantarse la falda para exponer su culo al universo en que me había convertido. Jugué con sus bragas blancas —otra forma de fulgor en la oscuridad reinante— adelantando y retrasando los límites de la carne para obtener frutos y jugos fronterizos que llegaban a mi boca universal como traídos desde las regiones más exóticas del universo. Las explosiones de ella se sucedieron en la hondura del pasillo con el eco de la televisión transformado en un fenómeno atmosférico, y, sus gritos, en un estruendo como de tempestad. Mi estallido tuvo lugar dentro de los límites inabarcables de una meteorología corporal en la que el pasillo, en lugar de estar fuera, estaba dentro de mí. En realidad, en ese momento ya no había nada que no estuviera contenido dentro del cuerpo imaginario que había crecido como un conjunto de constelaciones a partir del centro de gravedad del bigote.

Recuerdo que aquella noche de domingo David, mi hijo, tuvo fiebre. Yo lo supe antes que mi mujer, cuando le acompañé a la cama, pero no se lo dije a Laura. David me pidió que le contara un cuento y yo inventé sobre la marcha la historia de un niño, Olegario, que vivía con sus padres y su hermana, más pequeña que él, en un pueblo alegre y confiado. Olegario se había hecho a escondidas un bigote postizo, idéntico al de su padre, que solía llevar en la cartera del colegio. Así, cuando tenía problemas con sus compañeros o con sus profesores, se escondía tras un arbusto, se colocaba el bigote, y todos le tomaban por su padre. Entonces se dirigía al profesor que pretendía castigarle diciéndole:

—Mi hijo no hizo ayer los deberes porque tuvo fiebre.

O bien al niño que le había agredido:

—Si se te ocurre tocar otra vez a mi hijo, vengo y te mato.

De este modo, llegó un momento en que nadie se atrevía a meterse con él, porque su padre aparecía en los momentos más inesperados.

En esto, el padre de Olegario pereció a causa de un accidente, y Olegario, para que su madre y su hermana no sufrieran, se escondió en el cuarto de baño de su casa y se colocó el bigote. La mujer, al verlo aparecer por el pasillo, pensó que su marido había vuelto y dejó de llorar. El caso es que Olegario ya no pudo desprenderse del bigote y entonces pensaron que el niño había sido raptado, por lo que su madre y su hermana volvieron a hundirse en la desdicha.

Entonces fingió que tenía que pasar la noche fuera por razones de trabajo y se apareció sin bigote, es decir, en forma de niño, a dos mujeres. Les explicó que había hecho un pacto con la muerte para que una no se quedara viuda ni la otra huérfana: había cambiado, en fin, su vida por la del padre, de ahí que hubiera desaparecido al mismo tiempo que éste resucitó. Añadió, para tranquilizarlas, que la muerte era un lugar luminoso y ancho donde los árboles, en lugar de frutas, proporcionaban deseos. Una vez que convenció a las dos mujeres de que se encontraba bien, desapareció por el pasillo y volvió a presentarse a ellas al día siguiente con bigote.

Me callé en este punto, confiando que David se hubiera dormido, pero el niño abrió los ojos, ya claramente febriles, y preguntó que qué había pasado después. Yo reflexioné un poco desde la benevolencia de mi condición universal y comprobé que el relato abría una expectativa de dos incestos, aunque sólo se había consumado uno, de manera que decidí continuar. Conté que después de muchos años, cuando falleció su madre, Olegario, se retiró a una casa abandonada en las afueras del pueblo y se quitó el bigote dispuesto a regresar a la escuela para recuperar los años

perdidos. El hombre del bigote desapareció, pues, para sorpresa de todos, aunque en seguida dejó de hablarse de su ausencia porque ya no era tan necesario como antes, pero también porque la simultánea aparición de un desconocido en la casa abandonada de las afueras acaparó la atención de todos. El hecho, además, de que este desconocido se empeñara, pese a su edad, en ir a la escuela, hizo que se le tomara por un retrasado mental del que cabía esperar cualquier extravagancia.

Entre tanto, sus antiguos compañeros de escuela, convertidos ya en agresivos jóvenes, no hacían otra cosa que cortejar a su hermana, cuya belleza y buen carácter eran la envidia de todas las mujeres del lugar. Pero ella los rechazaba a todos con desdén, como si esperara a alguien cuya llegada le hubiera sido anunciada por un ángel.

El retrasado mental, por otra parte, observaba desde su oscura condición las intrigas de sus antiguos compañeros para llevarse a su hermana, al tiempo que notaba el rechazo caritativo que su presencia producía en la escuela. Un día, harto de soportar esta doble humillación, buscó de nuevo el bigote, que había conservado dentro de una bolsa de plástico, y con él en el labio entró en el pueblo con el gesto del que viene de muy lejos. Todo el mundo se quedó deslumbrado por la apostura de aquel desconocido que atravesó las calles con la decisión de un príncipe y fue directamente a pedir la mano de la joven que hasta entonces había rechazado a todos sus pretendientes. La joven aceptó sin dudar las proposiciones de este nuevo hombre del bigote, de manera que se casaron y vivieron felices.

Dos incestos, pensé mientras intentaba descifrar en la penumbra del dormitorio la expresión de mi hijo. David abrió los ojos y me preguntó por el título del cuento:

—Olegario, el hombre del bigote —respondí.

—¿Y el tonto desapareció para siempre? —insistió.

—Del tonto hablaremos otro día —añadí tapándole.

Le toqué la frente y comprobé que la temperatura continuaba ascendiendo, pero eso no me llevó a establecer ningún juicio, ni a tomar ninguna decisión. Sentado sobre el borde de la cama, me dejé absorber por la oscuridad de la habitación, atenuada por la luz que llegaba del pasillo, y me pareció que las dimensiones del dormitorio eran, de súbito, inabarcables, pues aunque las paredes continuaban en su sitio, habían perdido la capacidad de dotar de estabilidad geométrica al espacio.

Mi mirada fue deteniéndose sobre cada uno de los objetos del cuarto de David y comprobé que poseían una respiración imperceptible, aunque algo ansiosa, como si fueran dueños de una vida breve que temieran malgastar. Me llamó la atención una hucha de metal volcada sobre la mesa porque, a pesar de la oscuridad reinante, era visible la rendija por la que respiraba, o, más que la rendija, los bordes que establecían sus límites. Me acordé de la ranura del cajero automático, que se definía por el filo de sus labios, esa vulva de la que salían billetes afilados.

David levantó los párpados y yo supe que su mirada me iba a traspasar, como otras veces en que, en esa misma situación, nuestros ojos se encontraban —los míos para ver si se había dormido, y los del niño para comprobar que yo continuaba allí— intercambiando un involuntario mensaje de menesterosidad. Pero esta vez fue distinto: su mirada penetró en mi universo y volvió a salir sin haber producido ningún daño. Desde que era universal, como la geografía y la historia, que, ahora me acuerdo, también eran universales, había dejado de ser responsable de la marcha del mundo, y ya no tenía que preocuparme por la fiebre de David ni por lo que hubiera detrás de ranuras como las de la hucha, ni por las regulaciones de empleo. Ni siquiera tenía que tener cuidado con los contenidos incestuosos de los relatos dirigidos al niño. Desde la perspectiva universal de la que gozaba todo eso parecía irrelevante.

Sin embargo, al día siguiente, cuando sonó el despertador, me incorporé con un ataque de ansiedad colocado en ese punto donde se desarrollaba, como un tumor, mi existencia laboral. La fiebre de David se había disparado durante la noche y el niño no había dejado de delirar hasta la madrugada. Laura propuso llamar al médico de urgencia, pero yo, que a esas horas aún no había perdido la perspectiva universal de las cosas, logré tranquilizarla. No pasaba nada. Sin embargo, cuando la fiebre comenzó a remitir y el niño, agotado, se hundió en un sueño estable, yo tenía la garganta seca y los labios cortados, como si la fiebre se hubiera cebado en mí. Y una vez en la cama, después de que Laura se durmiese, había oído ruidos que me dieron miedo. Abrazado a la cintura de ella, como un náufrago a una tabla, logré llegar nadando imaginariamente hasta el territorio del sueño, desde donde en seguida oí llorar a David.

Me incorporé sobresaltado y al ver que Laura no se despertaba acudí yo a la habitación del niño, al que encontré dormido; su respiración era tranquila y había comenzado a sudar, rompiendo el calor seco de la fiebre, por la cabeza y por el cuello. Regresé, inquieto, al dormitorio, y apenas había comenzado a dormirme cuando me despertó otra vez su llanto. Laura, contra su costumbre, tampoco esta vez se despertó. Me levanté de nuevo y comprobé que no era David el que lloraba. Sin embargo al regresar a la habitación el llanto se escuchó una vez más en la oscuridad alargada del pasillo, pero ahora estaba despierto y advertí con asombro que procedía del interior de mi pecho.

Me acosté lleno de presentimientos y permanecí con los ojos cerrados hasta que sonó el despertador, vagando sin rumbo por un territorio abisal en el que las ideas y las pesadillas parecían hechas con los mismos materiales. Deseé cien veces que fuera de día, como los niños cuando padecen terrores nocturnos, pero ya era de día y aunque la realidad había adoptado sus formas habituales, el miedo permanecía intacto.

Afortunadamente, Laura continuaba encogida a mi lado, bajo las sábanas que dibujaban la forma de su culo. Intenté recuperar la excitación de la tarde anterior, pero todo aquello parecía un recuerdo de otro. Esa mañana lo único mío era la fiebre de David y el problema laboral al que tendría que hacer frente al llegar a la oficina.

Entonces me acordé del bigote y, tras sacarlo sigilosamente de la caja fuerte, me encerré con él en el cuarto de baño. Apenas había terminado de ponérmelo cuando mi humor cambió de registro con la suavidad con la que el patinador se desliza de un lado a otro de la pista, sobre el hielo. De súbito, la fiebre de David carecía de importancia —unas anginas en el peor de los casos—; en cuanto al trabajo, si hacía las cosas con inteligencia, podría obtener dos años de indemnización más el subsidio. A ello había que añadir el sueldo de Laura, que trabajaba como forense en la sanidad pública. Me asombré de la calidad quejumbrosa de la ansiedad anterior, que no guardaba ninguna relación con las magnitudes universales que había empezado a manejar, y lo que ahora me pareció de otro fue el recuerdo de la angustia.

¿De otro? ¿Quizá del subnormal en que me convertía, como Olegario, el personaje del cuento que le había contado a David, cuando se me pasaban los efectos del bigote? Comprendí de súbito que el miedo a perder el trabajo era en realidad el miedo a ser descubierto. Durante los últimos veinte años el trabajo había sido la tapadera de mi minusvalía: imitando las actitudes y los gestos de la gente nor-

mal, había llegado a ser jefe del departamento de recursos humanos de una multinacional del papel de la que el Estado era el principal accionista (papel higiénico, pañuelos y servilletas de papel y papel de cocina: papel, en fin, para limpiar ranuras y agujeros). Jefe de recursos humanos, la verdad es que estaba muy bien para un oligofrénico. ¿Y si ahora, al quedarme en el paro, perdía también la capacidad para disimular y se descubría que era, como Olegario, un retrasado? Detrás de la mesa de un despacho con moqueta, respaldado por el dinero del Estado, había sido muy fácil fingir; de manera que el miedo a perder todo eso era quizá el miedo a perder también la máscara. Por fortuna, había descubierto los efectos del bigote a tiempo de sustituir una cosa por otra.

Lleno de un optimismo corporal inexplicable, me duché con el bigote puesto y al salir de la bañera lo escondí en el bolsillo del albornoz. Después me acerqué al dormitorio de David y le puse la mano sobre la frente. La fiebre se había ido, como la ansiedad, y el crío parecía tranquilo. La luz que entraba por las ranuras de la persiana ponía los objetos al alcance de la mirada con más facilidad que la noche anterior. Los contemplé uno a uno y comprobé que continuaban respirando, aunque con tal disimulo que sólo un niño o un adulto universal, como yo, habrían podido percibirlo.

Tomé la hucha de metal volcada sobre la mesa y acerqué la ranura a mi rostro para olerle el aliento: olía a dinero, a indemnización, a sexo. Después miré los cuentos, los juguetes, la colcha con dibujos infantiles de mi hijo, y sentí la confortable gratitud del que regresa a casa tras una larga ausencia: el niño que había llorado por la noche desde las profundidades de mi pecho continuaba allí porque era yo. Entonces contemplé el cuerpo de David y mientras evaluaba las ventajas de ser adulto y niño al mismo tiempo que inteligente y subnormal, rememoré los placeres infantiles de la fiebre, de la aflicción muscular, del abandono al cuidado de los otros.

Regresé al dormitorio y metí mis manos infantiles por debajo de las sábanas, buscando con mis dedos de niño la ranura de Laura, que, sin abrir los ojos, comenzó a mover las piernas en seguida, como si entre la excitación de la tarde anterior, cuando me mostrara el culo en el pasillo, y ésta de ahora, más que una interrupción sólo se hubiera producido un apaciguamiento. Combiné la torpeza de los tocamientos de un niño con la sabiduría de un hombre maduro, de forma que el cuerpo de ella, manipulado por las manos de un tonto y la mirada de un perverso, se convirtió en seguida también en un universo por cuyas constelaciones navegué cargado de fiebre y de deseo universal. Después del primer estallido, Laura no pudo evitar volver a su individualidad menesterosa y culpable y preguntó por David.

—Está bien, no son más que unas anginas. Que no vaya al colegio —dije. Pero mientras lo decía supe que el que no volvería al colegio nunca más sería yo.

Esa mañana, cuando llegué a la oficina, mi despacho estaba ocupado por un sujeto diez años más joven que yo. Me apresuré a estrechar su mano dándole la enhorabuena, mientras que con la mano libre acariciaba el bigote escondido en el bolsillo del pantalón. Luego me senté en la silla de las visitas y crucé las manos en actitud pasiva, como si esperara órdenes. Mi sustituto llevaba un bigote que se doblaba en las puntas hacia arriba, señalando la dirección de los ojos.

—Yo también tengo un bigote —dije—, pero no lo llevo puesto todo el rato; sus efectos duran varias horas. Es más cómodo que el bigote permanente.

Mi sustituto sonrió con miedo a no dar con la respuesta adecuada. Finalmente dijo:

—Perdona, creí que había hablado ya el director de personal contigo. Me parece que no puedes estar aquí.

Le contemplé con la benevolencia con que las leyes de la gravedad habrían contemplado las evoluciones aéreas de un mosquito, y, de súbito, cuando me disponía a darle un consejo, vi unas nubes a través de la ventana. Reparé en que el día estaba oscuro.

—Hay clima —dije asombrado, como si nunca hasta ese instante hubiera habido clima: incluso a través del cristal podía percibir el olor de la tormenta.

Tuve un deslumbramiento infantil frente a la conciencia de la lluvia, y mientras una parte de mí vigilaba los movimientos del nuevo jefe de recursos humanos, que en ese momento descolgaba el teléfono, la otra recordaba una escena antigua en la que era subnormal: estaba con pantalo-